

‘El deber’ es la gran novela de resistencia del checo Ludwig Winder, retratista de un mundo infelizmente despojado. De este mismo autor destaca una biografía novelada del archiduque Francisco Fernando, asesinado cien años atrás, en 1914

El dilema de Josef Rada

Narrativa

POR LUIS M. ALONSO

■ La vida, sin que se sepa exactamente por qué motivos, sepulta en el olvido a algunos buenos escritores. Uno de ellos es Ludwig Winder (1889-1946), autor, al menos, de dos novelas dignas de ser leídas. Winder nació en 1889 en la ciudad morava de Schaffa, cuando ésta formaba parte de la monarquía austrohúngara, y, como él mismo escribió una vez, “entre el vino y el pepino”. A mitad de ruta de la vinícola Retz y de Znojmo, donde es fácil encontrar conservas de los mejores pepinillos en salmuera del planeta. Creció en los años del imperio que se desmoronaba y cultivó gran parte de su talento como escritor en el feroz mundo que sobrevino después: dentro del hermoso bosque mixto de la cultura que el nazismo se empeñó en talar, y descansando sobre el humus austriaco, alemán, checo y judío. Esa extinguida Europa de ayer centra el discurso antitotalitarista de *El deber*, la novela que ahora publica Periférica y que escribió en el exilio inglés tras la ocupación de Praga. Nieto de eruditos talmúdicos, el judaísmo inspiró la melancolía literaria de Winder: la dialéctica del amo y el siervo, el cambio en las relaciones sociales y la búsqueda de libertad del individuo que se ve atrapado y encuentra como salida, no exenta de traumatismo, la opción de optar por el bien frente al mal.

El deber, escrita como respuesta a la masacre nazi de civiles de Lidice, es una de las grandes novelas europeas de resistencia. Cuenta cómo un funcionario, devoto de sus obligaciones, Josef Rada, se enfrenta a la decisión de dejar de servir al nuevo poder opresor de los ocupantes, al que se ha plegado Fobich, el compañero de la infancia. Para ello se debate entre el vals familiar



LUDWIG WINDER

El deber

► Traducción de Richard Gross
PERIFÉRICA, 272 PÁGINAS, 18,95 €

de la vida, la preocupación, el miedo por los seres queridos y, finalmente, la idea de que la libertad de su pueblo depende únicamente del riesgo asumido. Se trata de una historia impresionante de vacilación y lucha, de cobardía y valentía, que en la realidad empieza el 15 de marzo de 1939 con el colapso de un mundo al que Winder, comprometido en la defensa de la dignidad del hombre, se aferró hasta el último instante, en que no le quedó otra alternativa que abandonar, vía Varsovia, camino de Inglaterra. Periodista valiente y democrático, de brillante trayec-

toria, miembro, junto con Brod, Weltsch, Urzidil y Baum, del famoso “círculo de Praga”, sólo pudo sobreponerse unos años al terror de la ocupación de Bohemia y Moravia por los alemanes y la desaparición de su hija, que murió en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Fue entonces, al final de su vida, cuando escribió *El deber*. En alemán, igual que el resto de su obra.

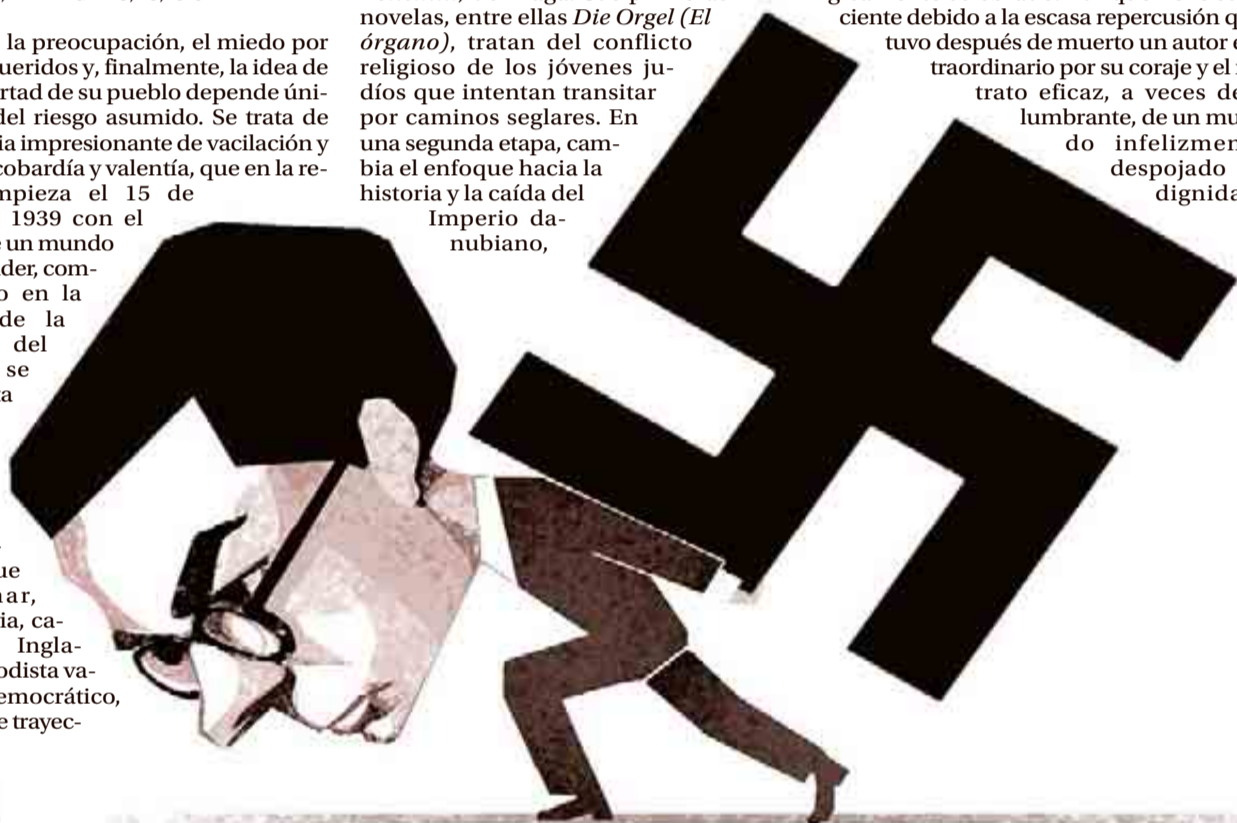
Antes, mucho antes, Ludwig Winder había trabajado en la redacción del legionario periódico liberal vienes *Die Zeit*, desde el que pasó a formar parte de *Bohemia*, de Praga. Sus primeras novelas, entre ellas *Die Orgel (El órgano)*, tratan del conflicto religioso de los jóvenes judíos que intentan transitar por caminos seculares. En una segunda etapa, cambia el enfoque hacia la historia y la caída del Imperio danubiano,

al que dedica tres de sus más renombrados títulos, entre los que destaca especialmente *Der Thronfolger (El heredero)*, que arroja un retrato psicológico acerbado sobre la figura del archiduque de Austria Francisco Fernando y que fue comparada por su tempo crepuscular con *La marcha Radetzsky*, del gran Joseph Roth.

De atmósfera densa, la novela sobre el heredero del trono de Austria-Hungría asesinado en Sarajevo, una sombra en la abominable serenidad de la monarquía del Danubio, dibuja sin ánimo de nostalgia habsbúrgica un personaje terco, poco comprensivo, el hombre de poder que jamás llegará a ostentarlo, herido por su brutal temperamento, en ocasiones patético, otras conmovedor, y que finalmente será rematado a partir de un cúmulo de casualidades por la historia, dispuesta a desatar una de sus mayores tragedias.

Pero si *Der Thronfolger* clama por una traducción al español, hay que felicitar-se por la publicación de *El deber*, la mejor novela escrita por Winder en el exilio, un texto esencial por su energía liberadora, inquietantemente evocador y trágicamente celebrado. Aunque no lo suficiente debido a la escasa repercusión que tuvo después de muerto un autor extraordinario por su coraje y el retrato eficaz, a veces deslumbrante, de un mundo infelizmente despojado de dignidad.

PABLO GARCÍA



Se canta lo que se pierde

Laurie Lee refleja el mundo desaparecido de la Inglaterra rural en ‘Sidra con Rosie’

Narrativa

POR ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

■ La memoria es la obra inacabada que cada individuo moldea con sus recuerdos. El escritor inglés Laurie Lee (1914-1997) es autor de una trilogía autobiográfica cuya primera entrega, en la que relata su infancia en las colinas de Costwold al final de la I Guerra Mundial, es esta *Sidra con Rosie*. Como en casi toda obra autobiográfica, se habla aquí de un tiempo irrecuperable, de una época que ya solamente existe en la memoria del autor. Todo el que ha escrito sobre su pueblo sabe que la melancolía es larga y tiende a cernirse sobre un territorio perdido que se vuelve mítico en el recuerdo. La escritura se convierte así en una herramienta testimonial y, en los mejores casos, en buena literatura cargada de lirismo. Siempre, machadianamente, se canta lo que se pierde. Lo cantó Miguel Torga, lo han cantado Pierre Michon o Julio Llamazares



Laurie Lee. LNE

y en asturiano lo cantaron con tanto acierto como ahínco los integrantes de la segunda promoción del Surdimientu. Lo cantan y lo cantaron casi todos los escritores que en el mundo son o han sido al comprobar que nada permanece, que el mun-

do, a pesar de todo, se mueve. Y se canta especialmente cuando los autores ven que eso que hemos dado en llamar modernidad va llegando a las aldeas donde nacieron para modificarlas y despoblarlas. De modo que es posible que algo parecido a lo que se cantaba en Francia e Inglaterra en los años sesenta del siglo XX se cante en España en los ochenta y en Rumanía o Bulgaria en los albores del siglo XXI. Puede que hoy mismo, quién sabe, alguien lo esté cantando en Marruecos.

Laurie Lee fue el penúltimo de siete hermanos que su padre tuvo en dos matrimonios y a los que sacó adelante la segunda mujer, madre de los tres últimos. Lo hizo en una casa grande y desordenada en Slad, aldea del condado de Gloucestershire, donde Laurie creció protegido por sus tres hermanas mayores y rodeado de sus hermanos mientras veía desaparecer un mundo milenario: “Los últimos días de mi infancia fueron también los últimos días de la aldea”, nos dice. Cada cosa tenía su tiempo, que marcaban las estaciones, sobre todo el helador invierno y el amorrador verano. No había prisas y la vida transcurría despacio, centrada en el trabajo, la meteorología, los cultivos, las cosechas, los caminos y las carretas tiradas



LAURIE LEE
Sidra con Rosie

► Traducción de J. M. Álvarez y A. Pérez
NÓRDICA, 249 P., 19,50 €/E-B., 8,49 €

por caballos: “Sus doce kilómetros por hora marcaban los límites de nuestros movimientos, como había sido desde tiempos de los romanos”.

Luego los cambios empezaron a llegar al valle, la vida se aceleraría con los coches, las hermanas se casarían, la madre envejecería y todos se dispersarían. A la vuelta de los años aquel mundo, con sus cuatro tíos intrépidos, con Rosie, la chica que le dio su primer beso bajo un carro cargado de heno, con los amigos, el hacendado Jones, el lechero, el vaquero y el tendero, desaparecería. El camino hacia Stroud no volvería a ser lo mismo. Y aunque la aldea seguía presente en la memoria, se había esfumado de la realidad, desvaneciéndose como el vapor de la olla en la cocina.